

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

ISAIAH BERLIN
(1909-1997)



Pensaba reseñar *El mago del norte* cuando la propia muerte del autor, Isaiah Berlin, me impuso la obligación de escribir un modesto obituario. No es muy vasta la bibliografía de quien nació judío letón y eligió ser súbdito británico; pero su aporte al pensamiento del siglo obtendrá una calificación muy alta. No revalidó teorías ni diseñó sistemas. Pero hizo algo más noble y difícil: limpiar la tradición liberal de la venenosa hojarasca que la rodeaba por la derecha y por la izquierda.

Profesor universitario en Oxford y Cambridge, Berlin deja media docena de libros, la mayoría accesibles en español, entre los que destacan *Karl Marx* (1973), *Contra corriente. Ensayos sobre historias de las ideas* (1979), *Conceptos y categorías* (1979), *Pensadores rusos* (1980), *Impresiones personales* (1980) y *Árbol que crece torcido* (Vuelta, 1992). Finalmente, *El mago del norte*. J. G. Hamman y *el origen del irracionalismo europeo* (Tecnos, 1997) empezó a circular estos días en nuestras librerías. Es un libro hechizo —recopilado, como buena parte de la obra de Berlin, por Henry Hardy— sobre ese olvidado maestro de la Contrailustración nacido en Königsberg (1730) y muerto en Münster (1788).

Que sea Hamman, como lo fue Joseph de Maistre, una de las preocupaciones esenciales de Berlin no es anecdótico. Ante el totalitarismo moderno, el historiador británico prefirió la investigación minuciosa antes que el tormento del dolor. Y examinó las raíces del Estado verdugo en esas polvorientas figuras de la Contrailustración. Al hacerlo, con una limpia prosa anglosajona y un espíritu de penetración eslavo, Berlin encontró en esas Luces cuyo legado siempre defendió, un campo de batalla dilatado y complejo. Voltaire, Montesquieu y Rousseau, con sus grandes diferencias, creían en el progreso de la humanidad legitimado por leyes universales más o menos invariables. Sus tempranos enemigos no sólo retomaron la Cofda original del cristianismo, sino rechazaron el mito de la bondad natural, rasgando el lienzo ilustrado con las puñaladas del relativismo. Ese conflicto, detectado genialmente por Berlin desde Giambattista Vico, sigue siendo (y cada día con mayor énfasis) una herida del mundo moderno. Lo encontramos en Chiapas o en París, cuando los zapatistas intentan conciliar sus usos y costumbres con la democracia representativa, o cuando se discute la laicidad de la educación francesa frente a las chicas islámicas que se presentan con *shador* a clase.

A través de sus escritos transparentes, Isaiah Berlin quizá demostró que la modernidad sólo finalizará cuando la enigmática ecuación entre relativismo y uni-

versalidad, romanticismo e Ilustración, sea resuelta. El hombre que acaba de morir fue un liberal ocupado en su propia tradición. No había otra forma de hacerlo que estudiando las potencias militares y metafísicas que la amenazaban, no en balde las mismas que azotaron alternativamente a su Riga Natal: la Alemania hegeliana, marxista y nietzscheana, en el oeste, y la Rusia de Herzen, Tolstoi, los *narodniks* y los bolcheviques.

Al escribir sobre el oscuro y profético Hamman, el mago del norte, Berlin retoma la virtud acaso más personal de su pensamiento: el trato gentil e incisivo con el otro. Hamman, como su discípulo Herder, preparó el irracionalismo que desemboca en Hitler. En ello, hay que decirlo, Berlin coincide con una figura que lo niega radicalmente: Lukács. Uno y otro creyeron que nadie es irresponsable por definición del uso póstumo de sus palabras. Pero a diferencia del marxista húngaro, Berlin dialoga con el adversario, sin pretender liquidarlo con el fuego. Así, en *El mago del norte*, encontramos las buenas razones que justificaron a la Contrailustración, las que el romanticismo cifró en el sol negro de la melancolía: los impulsos irracionales del ser, la panacea cotidiana del sueño, la demoníaca diversidad de los mundos, la crueldad insaciable de los hombres, la necesidad del Estado y de su antídoto, la Revolución, en fin, esa religiosidad inmemorial que la Enciclopedia desechó en el desván de las supersticiones. Berlin es generoso con Hamman, como éste lo fue

con su amigo y vecino, Immanuel Kant, a quien quiso y admiró por encima de la oposición más beligerante.

Y a Hamman —borroneando algo de la reseña que no escribí— no le faltaron intuiciones numinosas como su defensa de la letra h, signo parasitario e inútil, que según el antilustrado, era la dirección de Dios en el mundo. E igualmente, Berlin, me recuerda un amigo, escribiendo pocas páginas sobre Giuseppe Verdi, aclaró los dilemas axiales de la poesía moderna.

Lector en voz alta, maestro que sale del aula y discute en el ágora, liberal autocrítico que dejó preguntas urgentes, Isaiah Berlin murió el pasado 6 de noviembre en Londres. *Vuelta* fue su revista en México. Aquí publicó numerosos artículos, un libro y la entrevista que le hiciera Enrique Krauze en 1983. Tras la caída del muro de Berlín, lo invitamos al Encuentro "La experiencia de la libertad" en 1990. Estamos de luto. Pero quedan sus textos, agua clara en el turbio río secular. <

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

BREVE CRÓNICA DE UNA PIRATERÍA Y UNA TRAICIÓN



En el suplemento dominical de *Crónica* del 9 de noviembre de 1997, apareció una "traducción" de fragmentos de los *Cuadernos inéditos* de Cioran, que la editorial Gallimard había adelantado en el número de septiembre de *Le magazine littéraire*. No es la primera vez que un suplemento literario viola la ley de derechos de autor que, en este caso, habían sido concedidos a la revista *Vuelta*

por la editorial francesa, en respuesta a una solicitud debidamente formulada y retribuida. No es improbable que la lesión de tan elementales derechos se deba a un simple problema de aliteración: para Rafael Pérez Gay, director del suplemento de *Crónica*, el paso de *plagio* a *piratería* quizá sea un efecto de consonancia en sus costumbres literarias.

Pero el asunto no se reduce a la piratería: la tentativa de traducción cometida por Melissa Orozco constituye una indignante traición al texto original y al espíritu de Cioran. Me limitaré a dar unos ejemplos aislados que denotan una igual incompreensión del francés y de la obra de Cioran. Para empezar, *un raté de l'absolu* no significa "un vestigio de lo absoluto", sino "un fracasado de lo absoluto". El verbo *entendre*, falso amigo como los muchos que se granjea Melissa Orozco, no quiere decir "entender" en el sentido de comprender, sino oír, escuchar, sobre todo si se tratan de los "llamados del Caos". *On ne peut être moins fait pour la terre que je ne suis*, en ningún caso puede traducirse como: "No hay nada hecho para esta tierra que yo no sienta o perciba". Cuando Cioran dice: *Mon incapacité de vivre n'a d'égalé que mon incapacité de gagner ma vie*, Melissa Orozco pone: "Mi incapacidad de vivir no ha sido la misma que mi ineptitud para gozar mi vida". La traductora ni siquiera advierte el contrasentido cuando el filósofo añade: *Je suis parvenu à 47 ans, sans avoir jamais eu de revenu*, que ella transforma en "me convertí en un nuevo rico". Antes de poner en boca de Cioran semejante aberración que ofende su memoria, debería consultar un diccionario para entender que *parvenu* es el participio pasado del verbo *parvenir*, que quiere decir "alcanzar", en este caso, la edad de cuarenta y siete años, y no la condición de nuevo

rico. Para acabar con esta frase, *sans jamais avoir eu de revenu* se convierte inexplicablemente en "sin sentir jamás la necesidad de ser otro". Cuando Cioran declara que tener una oficina "le daría náuseas para la eternidad", la traductora juzga que la oficina misma "es lo que debe tener la náusea para la eternidad". Poco después, Cioran precisa que "hace veinticinco años" que vive en hoteles, lo cual se transforma en "desde los veinticinco años, vivo en hoteles", error que denota una total ignorancia de la vida del escritor. Por azares del destino, una "bufanda" se convierte en "un cuello de camisa", lo cual no sería tan grave como inexacto, pero lo peor viene poco después cuando, a raíz de la experiencia que acaba de describir, Cioran concluye: *Conserver la raison est un privilège qui peut nous être retiré* y aparece como "Conservar la razón es un privilegio que puede permiternos tener un poco de cordura", en pocas palabras, lo contrario de lo que quiere significar Cioran. Cuando el filósofo conoce estas pocas epifanías que le hacen exclamar: *D'un coup, sensation d'être le Maître de l'Univers!*, la traductora siempre fiel al espíritu de traición, escribe: "¡Qué fastidio la sensación de ser el Amo del Universo!" "Délivrer", otro falso amigo, no significa "deliberar", sino "librar". Inexplicablemente, el sencillo verbo "esperar" se transforma en "estremecerse", pese a que las dos actitudes tengan tan poca semejanza entre sí. Por azares del destino aún más inescrutables, una "foca" se convierte en una "empleada" del Jardín Botánico y a la traductora no le parece nada raro que los empleados "salgan de su estanque" para tomar el sol. "El tedio", un término tan baudelairiano y decisivo en Cioran, se convierte en "inconformidad", aún cuando Cioran añada, a modo de paradoja, que "su tedio

es explosivo". Cioran afirma que "sólo puede interesarse con pasión en Dios y en lo infinitamente mezquino", pero la traductora le hace decir exactamente lo contrario: "No puedo interesarme seriamente y con pasión en dios y en lo infinitamente mezquino". Cuando Cioran intuye que necesitaría aullar durante un cuarto de hora todos los días para lograr un equilibrio perfecto, la necesidad se convierte en "Si todos los días tuviera la convicción de buscar en mí mismo durante un cuarto de hora". "Un médico a quien consulté ayer" se transforma en "la medicina que ingerí ayer", pero no le parece extraño a la traductora que a continuación el frasco de medicina le haga pre-

guntas a Cioran. Cuando el filósofo narra su primera tentación del suicidio, la traductora entiende que *pour en finir* significa "en el infinito" y no, precisamente, "acabar de una buena vez", es decir, "suicidarse". Un *ciré* es un impermeable y no algún fantasma transilvano que "cubriera de sombras" al joven Cioran. ¿Por qué el simple "ruido de las olas" se convierte en "el sonido de la nostalgia"? ¿Será que la traductora se puso África? ¿Qué esperar de alguien que confunde la "salud" con la "santidad", cosa que debió provocarle a Cioran otro ataque de furia en su tumba, y los "desconocidos" con las "incógnitas", porque, claro, Cioran siempre debe sonar muy metafísico, y el

"mercado" con el verbo "caminar", etcétera, etcétera.

No abundaré en los contrasentidos, la omisión de frases cuando la sintaxis se vuelve indecifrabable o demasiado sutil para la traductora y, peor aún, en los reiterados casos en que Cioran acaba diciendo en español lo contrario de lo que afirma en francés. En realidad, lo que pudo haber sucedido es que Gallimard envió a *Crónica* una carta en la que puntualizaba que los derechos ya habían sido cedidos a la revista *Vuelta* y que el editor y la traductora, sumando sus escasos conocimientos del francés, hayan entendido todo lo contrario. <

FABIENNE BRADU

